

---

# Santificación y condicionamientos psicológicos

---

*Alvaro Jiménez C., S.J., Ph.D.\**

---

El *Diccionario de la Real Academia* define el verbo *condicionar* como “hacer depender una cosa de alguna condición”. En nuestro caso se trata de investigar qué condicionamientos trae cualquier persona que ingresa en la vida religiosa o desea emprender seriamente el camino de la perfección en la vida sacerdotal o laical, y más específicamente el ejercitante que va a participar en la experiencia ignaciana y busca “preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo”<sup>1</sup>.

La presente exposición estará dividida en dos partes:

1. *Psicología y santificación*, en la cual estudiaremos cómo está condicionada la obra de la santificación en general por los condicionamientos psicológicos.
2. *Condicionamientos psicológicos de la vida espiritual del ejercitante*. En esta segunda parte se estudiarán algunos condicionamientos que pueden afectar el proceso de la santificación y se harán algunas aplicaciones más específicas al caso del ejercitante ignaciano.

---

\* Doctor en Teología Universidad Gregoriana, (Roma) y Doctor (Ph.D.) en Psicología de la Personalidad Universidad de Chicago.

<sup>1</sup> Loyola, Ignacio de, *Ejercicios Espirituales, Thesaurus Societatis Iesu*, Santander: Typis Aldus, S.A., 1959.

---

## I. PSICOLOGIA Y SANTIFICACION

Se ha hecho clásico el adagio latino: *La gracia no quita la naturaleza, sino que la supone y la perfecciona* (*Gratia non tollit naturam, sed supponit et perficit eam*).

Explica muy bien Zavalloni:

“La gracia no destruye la naturaleza, sino que la restaura, la purifica, la transforma. En cierto sentido y como camino ordinario, la naturaleza condiciona la gracia, en cuanto que su acción se facilita en la persona psicológicamente rica y mortificada. Hay condiciones humanas que favorecen y otras que impiden más o menos la manifestación de la perfección y de la gracia. Es preciso, por consiguiente, hacer estas condiciones humanas más eficientes y más válidas, a fin de que la gracia no solamente pueda obrar, sino obrar del modo más perfecto posible”<sup>2</sup>.

Conviene distinguir una doble relación entre la naturaleza humana y la acción de la gracia: una relación *extrínseca* y una relación *intrínseca*.

“Relación *extrínseca* en el plano de la santificación en general: la santificación en su esencia, no depende intrínsecamente de las disposiciones psíquicas, sino del acto espiritual que abandona amorosamente a la persona a la presencia y a la acción del Espíritu. Tal acto es posible en cualquier estado psíquico, aun patológico. Una dependencia *extrínseca* es, sin embargo, innegable: hay, ante todo una especie de límite más allá del cual, en el demente por ejemplo, no se plantea el problema conexo con la existencia del acto humano; hay además disposiciones psíquicas tan fuertes que influyen decisivamente en la conducta del hombre”<sup>3</sup>.

Un demente, por su misma condición psíquica está incapacitado para renunciar al pecado o para consentir en la inspiraciones de la gracia. Así como el desarrollo mínimo del sistema nervioso es condición necesaria para el ejercicio de la inteligencia y la actividad de la conciencia, también en el orden de la gracia se requiere una mínima integridad del psiquismo para poder renunciar al pecado y

---

<sup>2</sup> Zavalloni, R., *Psicología (e Spiritualità)*, en *Nuovo Dizionario di Spiritualità*. Roma: Edizioni Paoline, 1979. p. 1306.

<sup>3</sup> *Ibid.*

---

abrirse, como ser racional, al amor de Dios. “Sencillamente, existe una especie de umbral más acá del cual no subsiste ningún problema espiritual para el individuo, por lo menos en los límites de nuestra experiencia”<sup>4</sup>.

“Sin una dotación psicológica madura y bien diferenciada, que permita percibir objetivamente la realidad, estimar correctamente los sucesos pasados y anticipar con precisión las posibilidades futuras, aprovecharse de la experiencia adquirida y razonar lógicamente, experimentar un sentimiento de culpa equilibrado y la propia capacidad de inhibición, la virtud de la prudencia no puede ser un instrumento dinámico de integración al servicio de un crecimiento espiritual regular y seguro”<sup>5</sup>.

Esta dependencia es un hecho tan comprobado por los psicólogos y por los teólogos que casi no necesita comentarios.

El tremendo recelo con que la Iglesia y casi todos los teólogos católicos recibieron las doctrinas psicoanalíticas y los sistemas conductistas no fue gratuito, por su materialismo ateo y su determinismo extremo, en el cual no queda campo para la libertad ni para la responsabilidad, ni para la dignidad humanas. Así, por ejemplo, Skinner llevó su posición hasta el extremo de colocarse “*Más allá de la libertad y de la dignidad*”<sup>6</sup> del ser humano, relegando tales realidades al museo de los conceptos “precientíficos”.

Pero no se necesita ser Freudiano ni Conductista Skinneriano para admitir que la libertad concreta no es la libertad *trascendental*, sino la libertad *encarnada*. La libertad humana está limitada por múltiples condicionamientos de todo orden. Muy plásticamente el Psiquiatra y sacerdote Aldo Stella solía definir en su cátedra la libertad como “la capacidad de manejar nuestros propios condicionamientos.”

El hombre es una unidad sustancial de cuerpo y alma, que no se puede dicotomizar. No se trata de dos sustancias separadas. Es un solo y único individuo. La psique ejerce un tremendo influjo sobre el organismo, la salud y el funcionamiento del cuerpo. El cuerpo, a su vez, es el substrato operativo del psiquismo. Y el hombre

---

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Zavalloni, *op. cit.*, p. 1299.

<sup>6</sup> Skinner, B.F., *Beyond Freedom and Dignity*. New York: Alfred A. Knopf, 1972.

---

todo (alma y cuerpo) es quien recibe la acción de la gracia y puede resistirle o abrirse a ella.

Cualquier clase de *angelismo* es tan fatal como el *materialismo* para la vida del espíritu y para la santificación del hombre. La distinción entre alma y cuerpo, si se extrema, puede falsear la realidad y, tratándose de vida espiritual o de medios de santificación (como son los Ejercicios de San Ignacio), puede ser altamente perjudicial y destructivo. Comentando las teorías de Gordon Allport, E. Kennedy insiste en la unidad de la experiencia humana:

“No se puede dividir al hombre en compartimentos separados, ni siquiera en nombre de la fe religiosa. Es difícil encontrar una línea divisoria en la personalidad humana colocando en un lado lo sagrado y en otro lo secular. No parece ser de ningún provecho mantener las antiguas distinciones entre mente y cuerpo, y carne y espíritu que, cristalizados en *antagonismo*, impidieron durante largo tiempo que el hombre comprendiera de modo adecuado su *unidad radical*. La conciencia religiosa que está brotando en nuestro tiempo devuelve el hombre a sí mismo, a la tarea de *vivir de nuevo la unicidad de la personalidad que de Dios ha recibido*. Ya no es posible pensar que el hombre religioso busca una realidad espiritual separada de su experiencia personal. La unidad de la vida en un universo totalmente redimido debe reafirmarse para curar la herida que ha hecho sufrir al hombre por causa del *exagerado dualismo* que desencarnó las realidades del Espíritu durante un período tan largo. *No es posible acercarse al hombre únicamente desde el plano espiritual. Debe ser abordado como hombre*. Debe hacerse real la posibilidad de estudiar las categorías religiosas a partir de la experiencia humana para eliminar el enajenamiento que la historia ha introducido en la conciencia que el hombre tiene de su personalidad”<sup>7</sup>.

Cada personalidad es el resultado de múltiples factores que han sido profunda y extensamente investigados por los especialistas en *Psicología del Desarrollo Humano*: los influjos de la herencia biológica en la determinación de la constitución física y del temperamento; el influjo permanente del ambiente, prolongado a lo largo de los minutos, las horas, los días y los años, desde el primer instante de la concepción hasta el momento de hacer los Ejercicios. Esto es lo que llamamos el proceso del *aprendizaje*, de socialización o de educación del individuo, que nunca termina.

Pensemos, por ejemplo, en los efectos que ejercen la madre, el padre, la familia, los

---

<sup>7</sup> Kennedy, E., Fe religiosa y madurez psicológica. *Concilium* 81 (1973) T. 118, pp. 117-123.

---

compañeros de infancia, la escuela, el colegio, los compañeros de trabajo, la sociedad en general sobre la religiosidad, los valores éticos y, en general, sobre la formación de la personalidad.

De estas dos grandes fuentes, herencia y ambiente, no se puede separar un tercer determinante que recibe diversos nombres el "YO", el "EGO", el "SELF", concebido no como un maniquí dentro del sujeto, sino como el centro más íntimo de la persona, su propia identidad, la manera absolutamente ideosincrática como reacciona ante los millares y millones de experiencias únicas y la manera personalísima como a cada individuo le afectan la herencia y del ambiente. Así pues, la naturaleza no sólo ha sido elevada, sino que es exigida por la gracia como condición, o sea como presupuesto, porque la vida de la gracia se inserta en la actividad psicofísica del hombre y depende tanto de los datos presentes como de los pasados. A este propósito Truhlar propone esta acertada comparación:

"Que el sol brille en el cielo o no, no depende del suelo más o menos cultivado; pero si el sol brilla no es indiferente el que la tierra sea cultivada o no: un campo inculto obstaculiza la eficacia fecundante del sol. Así es para la gracia: no depende del hombre tener o no tener la gracia, sino de la liberalidad de Dios; el hombre, sin embargo, si Dios ofrece la gracia, puede poner obstáculos y frustrar sus efectos"<sup>8</sup>.

Y Pollien comenta:

"La gracia inserta en las facultades naturales del hombre y sufre por consiguiente sus condicionamientos. Se puede afirmar que el esplendor de la vida sobrenatural se hace tanto más vivo y luminoso, cuando más vigorosa es la base natural en la cual se inserta. La vida sobrenatural crece en proporción al desarrollo de la vida natural"<sup>9</sup>.

Es muy posible que se haya suscitado un interrogante: La santificación ¿depende del psiquismo? Según lo que llevamos dicho, ¿una persona neurótica o inmadura no puede ser santa, ni aprovecharse plenamente de unos Ejercicios Espirituales? ¿Acaso no basta la fe? ¿No es omnipotente la gracia de Dios para *hacer de las piedras hijos de Abraham*? ¿O de un neurótico un gran santo?

Esta pregunta también se la planteó Beirnaert: muy acertadamente se expresa este

---

<sup>8</sup> Citado por Zavalloni, *op. cit.*, p. 1305.

<sup>9</sup> Citado por Zavalloni, *op. cit.*, 1306.

---

sacerdote-psiquiatra al hablar sobre los condicionamientos psicológicos que facilitan o favorecen la acción del Espíritu Santo en la santificación de las almas:

“Hay psiquismos desfavorecidos, pobres en disposiciones naturales para una vida conforme a la ley moral: son los seres que nunca serán totalmente virtuosos y se arrastrarán de desliz en desliz hasta el final de su vida. Hay los psiquismos adustos e irreductiblemente racionalizantes, de quienes no sentirán nunca el gusto hacia los sacramentos y hacia la simple sumisión al misterio; hay los psiquismos infantiles, obsesionados por una necesidad de seguridad, por una falsa culpabilidad, de tantos anormales mayores o pequeños que no conocerán probablemente nunca la lucidez de los juicios de valor y la constancia de la voluntad: todos esos, que son numerosos ¿se encuentran verdaderamente en situación desfavorable en relación con la santificación?”<sup>10</sup>.

Claro que Dios puede obrar como quiera y santificar a quien quiera. En las vidas de los Santos leemos muchos comportamientos que ciertamente serían catalogados como *neuróticos* por la Psicología y la Psiquiatría actuales. Es verdad que pueden darse casos tan notorios como el del Santo Cura de Ars, en cuyo escaso talento intelectual, Dios se basó para ejecutar una obra maestra de la gracia y del apostolado. Pero estos milagros no se realizan todos los días, dentro de la disposición ordinaria de la Providencia Divina. Son excepcionales. Son *milagrosos*.

Tenemos que concluir que todo cristiano está llamado a la santidad, como lo recuerda San Pablo: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” y que la gracia puede obrar milagros. Los condicionamientos humanos facilitan o estorban la acción de la gracia en el alma. Pero todos podemos y debemos ser santos, aun los neuróticos. Así, por ejemplo, una motivación neurótica no excluye necesariamente una motivación auténticamente espiritual. Una misma conversión puede estar motivada por una necesidad de seguridad un poco infantil y también por un auténtico consentimiento a la gracia<sup>11</sup>.

Sobre el caso del enfermo mental, Léonard piensa que aunque éste no pueda presentar un tipo de santidad ejemplar, y de cualquier manera oficial, a causa de cierta incapacidad congénita que no le permite el desarrollo de una perfecta

---

<sup>10</sup> Beirnaert, L., *Experiencia cristiana y psicología*. Barcelona: Edit. Estela, 1966. p. 113.

<sup>11</sup> Beirnaert, *op. cit.*, p. 117.

---

armonía en su personalidad; pero nada obsta, según el autor citado, a creer que la gracia puede obrar en él hasta conducirlo a un alto grado de vida espiritual. “Sólo el pecado voluntario y formal es un obstáculo a la gracia, pero no los desórdenes de los cuales ni la voluntad ni la conciencia pueden ser responsables”<sup>12</sup>.

En el caso del demente no parece que se den las condiciones mínimas de racionalidad para una correspondencia a la acción de la gracia. Dejemos este problema a la omnipotencia y Providencia de Dios.

Pero existen dos clases de santos, como lo hacer notar Beirnaert:

“Existen los santos cuyos psiquismos *son desfavorecidos y pobres*, la multitud de los angustiados, agresivos, carnales, todos aquellos que arrastran el peso insoportable de los determinismos: los fracasados, cuyo corazón será siempre un *nido de víboras*, los desafortunados, porque han nacido con *una boca inmundada* o que nunca han podido identificarse con su padre. Existen los que no encantarán nunca a los pájaros ni acariciarán nunca al lobo de Gubbio; los que caen y volverán a caer; los que llorarán hasta el fin, no porque hayan cerrado una puerta con demasiada fuerza, sino porque todavía cometen esa falta sórdida, inconfesable. Existe la inmensa muchedumbre de aquellos cuya santidad no relucirá nunca aquí abajo en su psiquismo y sólo se erguirá el último día para resplandecer por fin *in perpetuas aeternitates*. Son los santos cuyos nombres no constan en el santoral.

“Y junto a ellos hay los santos de feliz psiquismo, los santos castos, fuertes y dulces, los santos modelo, canonizados y canonizables; aquellos cuyo corazón libre es tan amplio como las arenas que bordean el mar, *quasi arenam quae est in litore maris*; aquellos cuyo psiquismo canta ya, como un arpa armoniosa, la gloria de Dios; los santos admirables que provocan la acción de gracias y en quienes vemos a la humanidad transformada por la gracia. Los santos reconocidos, festejados, los grandes santos que dejan en la historia su deslumbrante estela”<sup>13</sup>.

La distinción que hace Beirnaert entre estas dos clases de santos, la podríamos aplicar sin ningún esfuerzo, a dos clases de ejercitantes, unos menos preparados para hacer los ejercicios y sacar provecho de ellos; otros dotados de *mejor subiecto* y que han sido influídos por condicionamientos más positivos.

---

<sup>12</sup> Zavalloni, *op. cit.*, 1310.

<sup>13</sup> Beirnaert, *op. cit.*, 119.

---

## II. ALGUNOS CONDICIONAMIENTOS DE LA VIDA ESPIRITUAL Y DEL EJERCITANTE

Sería ideal que toda persona que emprende seriamente el camino de la perfección y especialmente la experiencia ignaciana de los ejercicios llegara no sólo en óptimas disposiciones espirituales, “con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor” (Anotación 5a, n. 5), sino también con todas las características de una persona psicológicamente madura, equilibrada, mentalmente sana. Pero esta utopía nunca se realiza totalmente, ni en el aspecto espiritual ni en el aspecto psicológico. Aun las personas más maduras psicológicamente se presentan a los Ejercicios con múltiples condicionamientos humanos, de carácter positivo algunas veces, negativos en otras ocasiones.

Una expectativa muy mezquina sería aspirar a que el Ejercitante escasamente alcance este umbral mínimo de cualidades humanas. La vida religiosa en general y más concretamente los Ejercicios ignacianos son para personas generosas que “más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal” (EE. n. 97). Por algo San Ignacio distingue muy bien entre esta clase de personas capaces de una generosidad total y otra clase de individuos “rudos o de poca complisión” (EE. n. 18), en los cuales no hay madera humana para emprender las grandes y exigentísimas ascensiones a las cumbres de la perfección espiritual, la cual también está sujeta a múltiples condicionamientos naturales:

“Las disposiciones y la normalidad psíquicas intervienen precisamente mediante el desarrollo de los frutos del Espíritu. La libertad espiritual tiende, en efecto, a expresarse en un libre albedrío que inhibe los movimientos psíquicos contrarios a aquellos que inspira el Espíritu y da curso a estos últimos. Las nociones de facilidad o dificultad a ser casto, parco, dulce y fuerte, cobran entonces sentido, y la aptitud a percibir lúcidamente los valores morales y a perseguir con constancia la realización, va a actuar. Reconozcámoslo, existen *ciertas cualidades propiamente psíquicas que condicionan el desarrollo de los frutos del Espíritu* en lo que denominamos las *virtudes cristianas* y, finalmente, *el ejercicio concreto de la caridad*. Estas cualidades no son en sí mismas ni la virtud, ni la *perfección cristiana*, pero *condicionan su instauración* progresiva en un psiquismo que la libertad, bajo la gracia, intenta modelar a imagen de la perfección del Padre celestial: “Sed perfectos como vuestro Padre del Cielo es perfecto”<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Beirmaert, *op. cit.*, p. 118.



---

Los condicionamientos que afectan a quien va a hacer los Ejercicios pueden ser positivos, o negativos. ¿Ejemplos de condicionamientos negativos, que dificultan una elección razonada y ponen impedimentos a la obra santificadora de la gracia? En un Congreso reciente, celebrado en Salamanca en 1989 sobre *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, Catalán enumera los siguientes:

“Algunas formas de rigidez, un deseo casi obsesivo de perfección, escrúpulos obsesionantes, una timidez excesiva (que puede aparentar humildad y reserva), los diferentes tipos de miedo (miedo al cuerpo, miedo al encuentro con el Otro, miedo al riesgo, miedo al desacierto, etc.) he aquí signos tan malos como lo son la dejadez, el laxismo moral, la falta de pudor, la ausencia de reflexión, la inestabilidad y la ausencia de control<sup>15</sup>.

Un condicionamiento frecuente puede ser la falsa imagen de Dios que se ha formado la persona. La relación del niño con la figura paterna o materna y sus primeros modelos de identificación condicionan profundamente su relación con Dios, con María, y toda su vida de oración.

También conviene prevenirse contra ciertas tendencias de carácter masoquista, especialmente peligrosas durante las meditaciones de la primera semana de Ejercicios.

*La inseguridad* o *desconfianza básica* de que habla Erikson son sentimientos que remontan su origen al primer año de vida del niño y que pueden repercutir desfavorablemente sobre toda la vida de la persona, cuando no logran superarse para ser remplazados por sentimientos de *confianza básica*. La persona insegura - explica Erik Erikson-<sup>16</sup> tiende a verse a sí misma negativamente y a percibir el mundo como un lugar amenazante y a los demás como potenciales enemigos. Esta *inseguridad* y *desconfianza básica* pueden condicionar muy negativamente los esfuerzos del Ejercitante y la acción de la gracia.

Son frecuentes las personas que experimentan *marcados sentimientos de inferioridad*. Con frecuencia su origen se remonta también a la niñez. Erikson le

---

<sup>15</sup> Catalan, J. F., Madurez Psíquica y Discernimiento Espiritual, en Alemany, C. & García-Monge, J. A. (Eds), *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, Vol. II, Bilbao: Mensajero-Sal Terrae, 1991. p. 463.

<sup>16</sup> Erikson, E. H., *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1974.

---

atribuye especial importancia a la edad de los tres o cuatro años. En la raíz de tales sentimientos se suele hallar casi siempre una *autoimagen* y *autoestima* negativas.

Pocos factores condicionan tan profunda y tan extensamente todos los rasgos de la personalidad y todos y cada uno de los comportamientos, sentimientos, emociones, valores, ideales, relaciones, desempeño de roles, como la *autoimagen* y la *autoestima*, positiva o negativamente.

Ocurren a veces *sentimientos de culpa* de carácter morboso que impiden o dificultan la experiencia del perdón y la misericordia divina y los sentimientos de gratitud tan propios de la espiritualidad ignaciana, aun en los momentos en que el ejercitante medita sobre el pecado y sus nefandas consecuencias. La meditación misma del infierno debe desembocar en un coloquio filial con Dios “que ha tenido de mí tanta piedad y misericordia” (EE. n. 71); actitud ésta muy ajena a una escrupulosidad morbosa. Quedarse agobiado por el fardo de la confusión y vergüenza por los pecados, mirando con masoquismo su “corrupción y fealdad corpórea” (EE. n. 58), considerándose como “una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima (EE. n. 58), quita todas las energías que son necesarias para ascender a las cumbres elevadas del amor al Rey Eternal, el seguimiento del Verbo hecho carne, sufriente, resucitado “y todo esto por mí” (EE. n. 53).

Los rasgos *perfeccionistas u obsesivo-compulsivos* constituyen condicionamientos que requieren especial atención del Ejercitante y prudencia también de parte del Acompañante de los Ejercicios.

*Equilibrio y madurez emocional.* En una palabra, sobre todo el proceso de la maduración emocional juegan un papel definitivo las experiencias pasadas y el aprendizaje, o sea los condicionamientos previos. Así como se dice que la ontogenia es la síntesis de la filogenia, o sea que la vida del individuo es una repetición abreviada de la vida de la especie, también podríamos afirmar que en el sentimiento o emoción del momento reviven todas y cada una de las experiencias anteriores de una persona. En otras palabras, somos seres profundamente condicionados en los aspectos emocional, afectivo y sexual.

*El aislamiento* emocional es una manera inadecuada de manejar la afectividad. Este *mecanismo de defensa* puede repercutir en las relaciones del hombre con Dios, dificultando grandemente la vida de oración, el trato filial con el Padre, la oración confiada con Cristo y Nuestra Señora.

---

El ejercitante puede ser relativamente maduro y equilibrado, o por el contrario inmaduro, víctima de arrebatos emocionales de rabia, temor, angustia, depresión, erotismo, homosexualidad, obsesiones sexuales, conflictos y *mecanismos de defensa*, etc. No es el lugar para insistir en el papel definitivo que juega la vida emotiva dentro de la experiencia espiritual de Ignacio y de los Ejercicios, pero es un aspecto cuya importancia no puede olvidarse ni menospreciarse.

Finalmente, deseamos aplicar lo dicho sobre los condicionamientos a tres aspectos de los Ejercicios: 1. el fin de los Ejercicios; 2. la adquisición de la indiferencia ignaciana y 3. el discernimiento espiritual y la elección.

1. El *fin* de los Ejercicios Espirituales es “vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (EE. n. 20).

Es evidente que el ejercitante trae muchísimos condicionamientos que le facilitan o le impiden la obtención de este fin: el autocontrol de sus pasiones e impulsos, la ordenación de su vida de acuerdo con su naturaleza racional; la autonomía para tomar decisiones perfectamente razonables, sobre las cuales no intervenga ningún afecto desordenado, como las emociones inmaduras o mal integradas, las *fobias*, o *falias*, las actitudes torcidas, los prejuicios, los valores o disvalores, los apegos o antipatías a determinadas personas o grupos, los complejos de inferioridad o superioridad, los factores que afectan la objetividad en las percepciones, las virtudes y los buenos hábitos cultivados desde la infancia, la religiosidad, la bondad, la justicia, el temple de carácter, los principios y vivencias éticas y religiosas... La simple enumeración se haría interminable...

2. *La indiferencia ignaciana*. Una *indiferencia* total y auténtica la propone San Ignacio, requiere no sólo la acción poderosísima de la gracia, sino un substrato de madurez humana y de equilibrio emocional muy difíciles de alcanzar...

3. *El discernimiento y la elección*. Desde el punto de vista psicológico, es claro que existen algunos requisitos mínimos para hacer con provecho unos Ejercicios, cuyo objetivo central, según muchos comentaristas, es la *elección*. La elección supone un proceso de verdadero *discernimiento* espiritual y este proceso no puede darse sino en personas provistas de un mínimo de capacidades intelectuales, volitivas y emocionales.

Una auténtica *elección* exige que “el ojo de nuestra intención debe ser simple” de tal modo que “cualquier cosa que yo eligiere, debe ser la que me ayude para el fin

---

para que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio sino el medio al fin” (EE. n. 21).

“¿Cómo será posible -se pregunta Catalán- discernir, de manera valiosa, la voluntad de Dios sin un mínimo de lucidez y de libertad, sin un verdadero sentido de los demás y del otro, sin esa capacidad de coherencia interior, de decisión y perseverancia fuera de las cuales no hay compromiso serio?”<sup>17</sup>.

Esta absoluta pureza de intención supone la indiferencia ignaciana y psicológicamente es una meta casi imposible de lograr, aunque no tomáramos en cuenta todo el abismo profundo de nuestras *motivaciones inconscientes*.

Desde un punto de vista meramente psicológico, se requieren para una elección verdadera todas las condiciones que los psicólogos exigen para una *toma de decisiones* acertada. Una elección auténtica supone, entre otras condiciones, el uso de la libertad. Y para ser libre, el individuo tiene que estar dotado de una inteligencia suficiente, movido por motivaciones de absoluta pureza, poseer un extraordinario control y equilibrio emocional, tener capacidad para tomar decisiones y de implementarlas en la práctica, decisión para asumir las propias responsabilidades.

### III. CONCLUSION

Hemos acentuado en este artículo los condicionamientos de *carácter negativo*, o sea aquellos que constituyen estorbos en la ascensión hacia la santidad y dificultan la correspondencia a la gracia, o merman el fruto que sería de esperar en quien emprende la experiencia de los Ejercicios Espirituales. Concluamos con dos ideas que dan aliento y esperanza:

1. Recordemos un principio psicológico, que admiten hasta los Conductistas extremos: los condicionamientos son *aprendidos* y por tanto se pueden *des-aprender* (extinguir), para ser remplazados por otros condicionamientos *positivos*. Todos los condicionamientos que hemos analizado son susceptibles de ser corregidos, en mayor o menor grado, aunque a veces el reaprendizaje exigirá un esfuerzo tremendamente penoso y prolongado.

---

<sup>17</sup> Catalán, *op. cit.*, 463-464.

---

2. Además, afortunadamente no todos los condicionamientos de la vida espiritual son de *carácter negativo*. Son muchísimos los *condicionamientos positivos*, o sea las disposiciones favorables, que facilitan la vida de oración y la acción del Espíritu y que pueden hacer más fructuosa una experiencia de retiros espirituales. Piénsese en *actitudes, hábitos, (virtudes* dirían los teólogos) como el recogimiento interior, la abnegación de sí mismo, la humildad, el control y madurez emocional, la oblatividad y el espíritu de servicio al prójimo, las buenas relaciones interpersonales, la madurez de juicio, la capacidad para tomar decisiones y asumir responsabilidades, la motivación para hallar a Dios en todas las cosas y tantos más...

Sería casi interminable hacer una simple enumeración de las buenas disposiciones que puede traer el aspirante a la santidad o el ejercitante...

Con ellas podrá Dios conducirlo “dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja”, según la bella expresión de San Ignacio. El Espíritu podrá entrar en el alma -así *condicionada*- “con silencio, como en propia casa a puerta abierta” (E.E., n. 335).